Revista Aragonesa de Teología
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

En el año jubilar los cristianos estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para aquellos que viven en condiciones de penuria

In the Jubilee year we Christians are called to be tangible signs of hope for those living in conditions of hardship

Armando Cester Martínez
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (CRETA)
armando.cester@cretateologia.es
https://orcid.org/0009-0005-1206-0005

Resumen

El papa Francisco pone de manifiesto en la Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025 que los cristianos estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para aquellos que viven en condiciones de penuria y sufrimiento señalando, entre otros, los siguientes colectivos: personas privadas de libertad, enfermos, migrantes, ancianos y pobres; haciéndonos un llamamiento apremiante para que ofrezcamos y seamos signos de esperanza para aquellos que forman parte de estos grupos de descartados.

Las preguntas que nos podemos formular son las siguientes: ¿cómo ser signos de esperanza para estos colectivos en nuestra sociedad y nuestro mundo? ¿esta manera de actuar nos conduce al encuentro definitivo con el Señor, base fundamental de nuestra esperanza?

A estas cuestiones va a tratar de dar respuesta este artículo siguiendo este itinerario: partiendo de nuestro seguimiento de Jesús de Nazaret que, prolongando existencialmente su mismo estilo de vida, nos capacita e impulsa a ser signos de esperanza en nuestra historia.

Así descubriremos que necesitamos el Amor para servir a los dolientes si no hay una presencia nuestra en estos contextos de marginación y sufrimiento.

Revista Aragonesa de Teología
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Este servicio que realizamos con los que viven en condiciones de penuria lo debemos de hacer coherentemente llevando una vida modesta, sencilla y austera; con realismo y utopía abiertos a la esperanza, porque somos peregrinos hacia la consumación de la historia humana, donde al atardecer de la vida nos examinarán en el amor y nos podremos así, encontrar con el Amor.

Palabra Clave: Jubileo, esperanza, enfermos, migrantes, pobres, presos.

Abstract

In his Bull of Convocation for the Ordinary Jubilee of the Year 2025, Pope Francis makes it clear that Christians are called to be tangible signs of hope for those who live in conditions of hardship and suffering, pointing out, among others, the following groups: people deprived of liberty, the sick, migrants, the elderly and the poor; making an urgent appeal to us to offer and be signs of hope for those who form part of these groups of the discarded.

The questions we can ask ourselves are: how can we be signs of hope for these groups in our society and in our world? Does this way of acting lead us to a definitive encounter with the Lord, the fundamental basis of our hope?

This article will try to respond to these questions by following this itinerary: starting from our following of Jesus of Nazareth who, by existentially prolonging his same way of life, empowers and urges us to be signs of hope in our history.

In this way we will discover that we need Love to serve the suffering if there is no presence of our own in these contexts of marginalisation and suffering.

This service that we carry out with those who live in conditions of hardship must be done coherently by leading a modest, simple and austere life; with realism and utopia open to hope, because we are pilgrims towards the consummation of human history, where at the sunset of life we will be examined in love and we will be able to meet Love.

Key words: Jubilee, hope, sick, migrants, poor, prisoners.

Introducción

Así de rotundo se muestra el papa Francisco y lo pone de manifiesto en la Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025: «Los cristianos estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para aquellos que viven en condiciones de penuria»[1] y señala los siguientes colectivos: personas privadas de libertad[2], enfermos[3], migrantes[4], ancianos[5] y pobres[6].

También indica otros colectivos pero, los que acabo de enumerar, tienen en común un especial sufrimiento que en muchas ocasiones se imbrica compartiendo las realidades mencionadas anteriormente: las personas privadas de libertad tienen una alta incidencia de enfermedades relacionadas con la salud mental y viven o han vivido en un ambiente de exclusión y marginación; los migrantes presentan una alta incidencia de vulnerabilidad y pobreza; los ancianos por efecto de la edad muestran una salud mucho más frágil y así, podríamos ir combinando todas estas situaciones.

Pues bien, el papa Francisco nos hace un llamamiento apremiante para que ofrezcamos y seamos signos de esperanza para aquellos que forman parte de estos grupos de descartados y, lejos de señalarnos recetas cerradas, nos ofrece algunas pautas de actuación para que podamos cumplir el propósito indicado: Con respecto a las personas privadas de libertad pide condiciones dignas para ellos en su reclusión y respeto a sus derechos humanos. Nos anima a establecer en la comunidad itinerarios de reinserción para ellos y señala, como un posible objetivo, la abolición de la pena de muerte en todos los países.

Cuando habla de los enfermos menciona la importancia de su cuidado y acompañamiento, aspectos que deben extenderse también, a los agentes de la pastoral y los profesionales sanitarios.

---

1 Francisco, *Spes non confundit:Bula del Jubileo ordinario del año 2025* (Roma:Editrice Vaticana,2024) nº. 10.

2 Francisco, *Spes non confundit*, 10.

3 Francisco, *Spes non confundit*, 11.

4 Francisco, *Spes non confundit*, 13.

5 Francisco, *Spes non confundit*, 14.

6 Francisco, *Spes non confundit*, 15.

Si se refiere a los migrantes hace hincapié en que en numerosas ocasiones son desplazados y exiliados forzosos que necesitan, sobre todo, acogida pero también refugio, seguridad y acceso al trabajo.

En lo que respecta a los ancianos, hace notar el alto valor que tienen basado en su experiencia acumulada a lo largo del tiempo, para una sociedad tan necesitada de la misma, y el aislamiento y soledad que padecen y que requiere un apoyo familiar afectivo y efectivo.

Por último, los pobres que llegan a serlo, en muchas ocasiones, por circunstancias ajenas a los mismos; es decir, son empobrecidos. El Papa señala el difícil acceso que tienen a la vivienda y los alimentos, así como su situación de exclusión social.

Ahora bien, la pregunta que nos podemos formular es la siguiente: ¿cómo ser signos de esperanza para estos colectivos en nuestra sociedad y nuestro mundo? y de aquí se sigue o surge otro interrogante: ¿esta manera de actuar nos conduce al encuentro definitivo con el Señor, base fundamental de nuestra esperanza?

Vamos a continuar con nuestra reflexión y a tratar de aportar luz a estas cuestiones siguiendo este itinerario: primero, considerándonos y siendo seguidores de Jesús de Nazaret que nos capacita e impulsa a ser signos de esperanza en nuestra historia, prolongando existencialmente su mismo estilo de vida.

Segundo, partiendo del seguimiento de Cristo y haciéndolo nuestro, descubriremos que necesitamos el Amor para servir a los dolientes y, tercero, no los podemos servir si no hay una presencia nuestra en estos contextos de marginación y sufrimiento, que nos abren, cuarto, a que llevemos a una vida modesta, sencilla y austera.

No obstante, este servicio que realizamos con los que viven en condiciones de penuria lo debemos de hacer, quinto, con realismo y utopía abiertos a la esperanza, porque y, por último, somos peregrinos hacia la consumación de la historia humana, donde al atardecer de la vida nos examinarán en el amor y nos encontraremos así, con el Amor.

Seguidores de Jesús de Nazaret prolongando, en nuestra historia, su mismo estilo de vida

Dios mediante la misericordia revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo[7] y esa misericordia, que muestra el rostro de Dios y su actuar, se vuelven tan cercano a las personas que asumen los rasgos del hombre Jesús, el Verbo hecho carne[8]. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»[9], nos dice Jesús manifestando de modo tangible y definitivo quién es Dios y cómo se comporta con los hombres[10]. El amor que anima la misión de Jesús con el género humano, es el que el Hijo experimenta en la unión íntima intra-trinitaria. Reconocer ese amor significa para Jesús inspirar su acción en la misma gratuidad y misericordia de Dios, misericordia liberadora de pobres, marginados, enfermos y pecadores a los que invita a seguirlo porque Él es el primero que, de modo totalmente único, obedece el designio de amor de Dios como su enviado al mundo,[11] y en Él, así, es posible reconocer el signo viviente del amor inconmensurable y trascendente del Dios con nosotros[12].

"Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido revelar el misterio del amor divino en plenitud «Dios es amor» (1Jn 4.8.16.)"[13]. Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, que con toda su persona revela la misericordia de Dios. Esta contemplación de la misericordia de Cristo nos capacita a sus seguidores a ser signos vitales y eficaces del obrar del Padre[14].

---

7 Francisco, *Misericordiae vultus: Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la misericordia* (Roma: Editrice Vaticana, 2015) nº.6.

8 Pontificio Consejo "Justicia y Paz", *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (Roma: Editrice Vaticana, 2004) nº.28; Benedicto XVI, *Caritas in veritate: Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad* (Roma: Editrice Vaticana, 2009) nº.1.

9 Jn 14,9.

10 Benedicto XVI, *Deus caritas est: Carta encíclica sobre el amor cristiano* (Roma: Editrice Vaticana, 2005) nº.17.

11 Pontificio Consejo "Justicia y Paz", *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 29.

12 Pontificio Consejo "Justicia y Paz", *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 196.

13 Francisco, *Misericordiae vultus,* 8.

14 Francisco, *Misericordiae vultus*, 1,3.

DOI: 10.59853/RAT60-2024-0202
ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

Un Dios-con-nosotros que se revela en el Hijo hecho carne y en cómo se ha hecho carne, es decir, en cómo se ha desarrollado ese "hacerse carne". En la Encarnación, Dios mismo se ha vaciado, se ha extrañado, extasiado, ha salido de sí, se ha insertado en la historia humana[15].

Este vaciamiento –kénosis– queda patente en el estilo de vida de Jesús; que "siendo rico se hizo pobre"[16], en la forma de acoger esa vida humana, haciéndose obediente, siervo, esclavo y pobre, hasta el extremo, muriendo entregado por amor, en la cruz[17].

Y Dios se acercó tanto a los pobres, que en Jesús de Nazaret se hizo uno de ellos, naciendo[18], viviendo y muriendo como ellos, con una opción bien meditada e intencionada[19]. Asumió, no solo la carne, sino la pobreza, encarnándose en el mundo de los marginados[20]. Humanidad y pobreza son dos dimensiones de su kénosis, Jesús no vive la pobreza como algo casual o insignificante; la vive como estilo, dimensión y revelación[21]. Jesús fue radicalmente y esencialmente pobre por su encarnación, y entregado principalmente a los pobres por su misión, y sólo así cumplió la redención y Él mismo alcanzó su glorificación[22].

---

15 Benedicto XVI, *Caritas in veritate,* 5.

16 2 Cor 8,9.

17 Josetxo García Hernández, "La kénosis, proceso de aprendizaje inexcusable para el ejercicio de la caridad", *Corintios XIII,* nº.81 (1997): 91. Kénosis es un concepto cristológico que tiene su base bíblica en Flp 2,7, donde se dice que Jesucristo "se vació a sí mismo", para ser hombre y hacerse obediente al Padre hasta la muerte en cruz. Este "vaciamiento kenótico" ha tenido diferentes interpretaciones. Algunos han visto la kénosis en el hecho mismo de encarnase; otros, en el hecho de que ha renunciado a vivir en su humanidad la condición de gloria y esplendor del Hijo de Dios, que sólo llegaría con la resurrección (opinión mayoritaria actualmente entre los exegetas); y hay finalmente quienes ven la kénosis en el camino de sufrimiento que lleva hasta la cruz.

18 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres* (Madrid: Edice, 1994) nº.16.

19 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 15.

20 Pedro Casaldaliga y José María Vigil, *Espiritualidad de la Liberación* (Santander: Sal Terrae, 1992) 143.

21 Pedro Jaramillo, "El año de Jesucristo, desde el testimonio y la pastoral de la caridad", *Corintios XIII*, nº. 81 (1997): 31.

22 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 25.

Y todo este proceso de abajamiento tiene un solo objetivo: elevar, levantar la Humanidad caída; hacer posible el diálogo-encuentro en el Amor, el acontecimiento de la fraternidad. Dios se hace humano para que el hombre se divinice[23], y se inserta en nuestro tiempo para que se convierta en tiempo de salvación y vida, y el tiempo pasajero, en "kairos" de eternidad[24].

Él no solamente se abajó acercándose a nosotros, sino que se solidarizó con nosotros, curando nuestras heridas y haciéndonos volver al buen camino para llevarnos hacia la casa del Padre[25]. Él ha venido «a buscar y salvar lo que estaba perdido»[26], y lo hace con su vida toda ella salvífica y en el momento culminante de su muerte en cruz como concentración existencial amorosa hacia Dios y el género humano. Su acto de "morir por los hombres" no es sino la consecuencia ineludible de los que ha sido su vida kenótica: "Vivir por los otros". La cruz es pues, el gesto supremo de servicio, gracia, donación y amor.

En esta breve exposición sobre Jesús de Nazaret, encarnación de Dios y servicio amoroso que libera y salva a los hombres y mujeres de todos los tiempos, se nos desvela su estilo de vida, su proexistencia, basada en la encarnación y en su vaciamiento-abajamiento, para servir y elevar a la persona humana, especialmente al más herido. Nos enseña también, con sus palabras y gestos, que en nuestros hermanos está permanentemente su presencia, porque son prolongación de su encarnación para cada uno de nosotros[27].

Por eso, para que seamos prolongación en la historia del mismo estilo de vida de Jesús de Nazaret, es necesario que nos configuremos con Cristo, que aprendamos a vivir como Jesucristo vivió y a amar como Él amó.

---

[23] García Hernández, "La kénosis, proceso de aprendizaje inexcusable para el ejercicio de la caridad", 100-1.

[24] Alberto Iniesta, "Meditación trinitaria ante el Jubileo del año 2000", *Corintios XIII*, nº.81 (1997) 7-8; Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 5.

[25] Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 135.

[26] Lc 19,10.

[27] Francisco, *Evangelii gaudium: Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (Roma: Editrice Vaticana, 2013) nº. 179, 194.

ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

Por ello, la caridad de Cristo nos apremia[28]: "Sed misericordiosos como el padre vuestro es misericordioso"[29], y nos llama a reproducir en nuestra propia existencia distintos aspectos de su vida terrena, fundamentalmente su cercanía con los que más sufren, ya que "Dios les otorga la primera misericordia"[30] y, sobre todo, su entrega por amor. Es en definitiva un camino de santidad[31], a la que todos estamos llamados: "La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya"[32].

Pero, para todo ello, el creyente debe ser cauce del amor de Dios, allí donde se encuentra el desvalido, sirviendo al que sufre con una vida modesta, sencilla y austera, partiendo de la realidad pero abiertos a la esperanza y sabiéndose peregrinos hacia el definitivo encuentro con Cristo en la eternidad de Dios.

Necesitamos el Amor para servir a los marginados

Estamos llamados a vivir y brindar misericordia porque a nosotros, en primer lugar, se nos ha aplicado misericordia y la hemos experimentado en nuestra existencia[33]. La misericordia es la más grande de las virtudes ya que es propio de ella darse a los demás, servirles y socorrer sus necesidades[34].

Pero para ser misericordiosos debemos, antes que nada, dejarnos amar por Dios, aceptar el amor que Él nos ofrece y amarlo con el amor que Él mismo nos comunica y que, provoca en nuestra vida y acciones, una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás, preferencialmente de los más necesitados y de aquellos que más padecen[35].

---

28 2 Cor 5,14.

29 Lc 6,36.

30 Francisco, *Evangelii gaudium*, 198.

31 Francisco, *Gaudete et exultate: Exhortación Apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo actual* (Roma: Editrice Vaticana, 2018) nº.24.

32 Francisco, *Gaudete et exultate*, 21.

33 Francisco, *Evangelii gaudium*, 24; Francisco, *Misericordiae vultus*, 9.

34 Francisco, *Evangelii gaudium*, 37.

35 Francisco, *Evangelii gaudium*, 178.

Así pues, podemos decir que el amor entre las personas está fundamentado en el amor a Dios[36]; la razón de la caridad fraterna se sitúa en el ámbito de la paternidad de Dios y de la filiación del cristiano. El amor al prójimo es, por tanto, la consecuencia del amor de Dios: «Si Dios nos amó así, también debemos amarnos los unos a los otros»[37]. La experiencia de ser amados por Dios nos posibilita amar a los hermanos; nos da la posibilidad de regalar ese amor recibido gratuitamente. Ese dinamismo amoroso hacia nuestro semejante, es la caridad que Dios infunde en nuestro corazón[38].

El amor de Dios manifestado en Jesucristo no es únicamente el punto de referencia o el modelo de amor cristiano, sino que es la "fuente de caridad" de la que fluye el amor con el que debemos y podemos amarnos los unos a los otros. Este amor fraterno es de hecho el amor de Dios que se hace nuestro[39], un amor que se hace preferencial hacia los más necesitados. Por eso, cuando este amor es derramado en la ayuda a los que viven en condiciones de penuria y dolor, los cristianos están entregando el propio corazón a Cristo, para que en ellos y por ellos, Él siga manifestando su amor a los hombres y mujeres de hoy. Es preciso, que en el servicio de la caridad, los creyentes nos integremos en comunión con Cristo para que su amor, como lo hizo en su existencia histórica, pueda seguir siendo actual sobre el género humano sufriente y doliente.

Solo desde el encuentro íntimo con Dios estamos facultados para amar a nuestros semejantes[40]. La actuación práxica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor que se alimenta del encuentro con Cristo[41].

Si nos falta el amor, nada aprovecha. Si no tenemos amor, nuestro servicio al doliente será frío, sin alma, y a nuestra acción diaconal le faltará impulso, entrega, constancia, paciencia, ternura y generosidad; actitudes todas ellas tan necesarias siempre en este campo de la atención al que sufre. Sin amor

---

36 Jn 13, 34; 1Jn 4, 21.

37 1 Jn 4,11.

38 Francisco, *Fratelli tutti: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social* (Roma: Editrice Vaticana, 2020) nº.91.

39 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 5.

40 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 18.

41 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 4.

DOI: 10.59853/RAT60-2024-0202
ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

se cae en un materialismo y pragmatismo inhumanos[42]. Necesitamos el amor para vivir y dar la vida, especialmente para amar y servir a estos hermanos nuestros.

Es una labor de la que no está dispensado ningún creyente, ya que todos los cristianos debemos vivir y manifestar el amor entrañable que Dios tiene hacia los necesitados, tal como Jesús de Nazaret tan especialmente nos encomendó.

Todo cristiano si se considera tal, es sujeto de caridad en la comunión eclesial, en el sentido de alguien que ofrece amor; pero sólo lo es, si lo hace enraizado en el amor de Dios Padre por medio de Jesucristo y participado por el Espíritu; de esta manera el amor divino humanado, llega a hacerse real en los creyentes y concreto en la ayuda al que sufre.

Arraigar el ejercicio de la caridad en el amor misericordioso del Padre, supone situarnos en una actitud de donación y entrega total: a Dios –desde la filiación–, y a los hombres –como hermanos en Cristo desde la filiación común–. Solo quien se sabe hijo puede sentirse hermano. La filiación y la fraternidad respecto a Dios y los hombres, nos hace personas nuevas que participando gratuitamente del mismo ser de Dios –que es amor y relación– nos abre a la novedad del servicio que no se manifiesta sólo en sentimientos y palabras, sino en hechos: en capacidad de dar, en la prontitud para el servicio y en obras de amor.

La acción sanadora de la Iglesia nunca podrá dejar de ser mediación del amor misericordioso de Dios Padre; si renunciara, podría ser una actuación social digna, útil y benéfica pero no una acción diaconal que pone de manifiesto su específico arraigo en el amor del Padre, para ser lo que es y debe ser.

La presencia en los contextos de sanación y marginación

Los contextos de exclusión son lugares de nuestro mundo opulento en el que viven drogadictos, presos, prostitutas, indigentes, inmigrantes sin recursos, ancianos en soledad. Responden pues, generalmente, a un lugar físico: barriada, cárcel; aunque no necesariamente: sin techo que deambulan y duermen donde pueden, prostitución en lugares “habitables”, etc.

[42] Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 129.

Estos espacios tienen en común la vivencia de situaciones dolorosas, la presencia de sufrimiento, falta de recursos materiales y económicos, así como de relaciones sociales o de accesos a los bienes y derechos sociales como los sanitarios, culturales, productivos y de todo tipo, de la sociedad con la que conviven.

Nos estamos refiriendo a casos desesperados, aparentemente sin solución, donde abunda la tristeza y la suciedad en muchas ocasiones. Predomina el anonimato, el desconocimiento y la desconfianza de unos hacia otros; el silencio, la agresividad y la violencia.

La situación es paradójica, ya que estamos hablando de condiciones de miseria en un medio social en el que predomina la opulencia. Una miseria que no tiende a estancarse sino a reproducirse en las futuras generaciones que emergen en estos lugares de infrahumanidad[43].

Jesús, desde su nacimiento en un establo, entre pastores, hasta su muerte en cruz entre malhechores, fuera de la Ciudad, nos muestra un Dios-hombre que transita por los márgenes cargando con el dolor de los sufrientes y nos invita siempre a "pasar al otro lado" para vincularnos amorosamente con la víctimas allí donde se encuentran[44].

Es cierto, como hemos manifestado, que en los márgenes se hace presente de manera significativa y masiva la muerte con sus múltiples rostros: delincuencia, enfermedades, malnutrición, maltrato, falta de salud, etc. Se vive allí y se padece la ausencia de Dios, convirtiéndose así en un auténtico infierno de este mundo[45].

---

[43] María del Carmen Martín, "Los márgenes como lugar de salvación", *Corintios XII,* nº.135 (2010): 206; Raúl Flores, Mónica Gómez y Víctor Renes, *La transmisión intergeneracional de la pobreza: factores, procesos y propuestas para la intervención* (Madrid: Cáritas Españolas Editores, 2016) Esta obra es muy clarificadora para el asunto que señalamos.

[44] Martín, "Los márgenes como lugar de salvación", 215.

[45] Gabino Urríbarri, *El mensajero: Perfiles del evangelizador* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2006) 218 y 226. Este autor hace un análisis muy lúcido de como la presencia de los cristianos en los contextos de marginación y exclusión se asemeja y puede encontrar luz, desde el "descenso de Cristo a los infiernos". En la página 196 de su obra, presenta una bibliografía muy rica e interesante al respecto.

DOI: 10.59853/RAT60-2024-0202
ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

Todos los seguidores de Cristo debemos pues descender a los "infiernos" con compasión, justicia y amor, para "sacar" y "ascender" a los hermanos que se encuentran atrapados en ese mundo.

En este servicio, los cristianos debemos bajar, como Jesús, al reino de la muerte, donde la vida psíquica y social ha muerto, como relatan los evangelios sinópticos[46] y sumergirse en un abismo y en una noche oscura donde ya no es posible orientarse, para iluminar a los que permanecen en la oscuridad y llevarlos al camino de la paz[47].

Debemos tener en cuenta lo que nos dice Uribarri, sobre esta cuestión: "Descender a la solidaridad y el trabajo a favor de los pobres de los márgenes está en plena consonancia con el misterio de la vida de Cristo, el que se abaja por antonomasia, el testigo de la resurrección, el portador de esperanza en el abismo de la soledad y el sinsentido. Pues Cristo desciende allí para llevar la vida a los muertos"[48]. Es la manera de que todos los cristianos implicados en esta lucha se conviertan en verdaderos testigos de la resurrección, y que esta triunfe, gracias el Espíritu de Dios, que levanta a los muertos.

También es un contexto de sufrimiento los hospitales y las camas de los enfermos, muchas veces incurables, donde se hace patente la desesperación y hasta el rechazo a Dios. Los cristianos debemos hacernos presentes y cercanos para sanar aliviar y acompañar desde el amor, no solo a los enfermos, sino también, a sus familiares y a quienes los cuidan.

Nos dice el papa Francisco, al respecto: "En cada uno de estos «más pequeños» está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido (...) para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado"[49].

El Papa, nos está invitando a la cercanía necesaria, a la cultura del encuentro[50]: "La existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás:

---

46 Cf. Mc 5, 1-20; Mt 8, 28-34; Lc 5, 27-32.

47 Cf. Sal 23, 4; Lc 1, 77-79.

48 Urríbarri, *El Mensajero,* 227.

49 Francisco, *Misericordiae vultus*, 15.

50 Francisco*, Fratelii Tutti*, 30.

la vida no es un tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro"[51]. Pero sobre todo y en definitiva, nos pide que nos hagamos presentes ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte de nuestro propio círculo de pertenencia, dejando de lado toda diferencia y, ante el sufrimiento, volviéndonos cercanos a cualquiera[52].

Nos reclama, en definitiva, una diaconía cercana: "El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su projimidad y hasta en algunos casos la padece"[53]; y nos advierte: "A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás"[54].

Mediante una vida modesta, sencilla y austera

La pobreza, además de requerir soluciones de carácter técnico, económico y político, necesita que las personas cambien su percepción sobre la misma y, no sólo eso, sino sus actitudes, porque es un problema también ético y religioso. Y esto, no es fácil para aquellos que vivimos en este primer mundo capitalista y neoliberal, donde el consumo lo invade todo.

Sin embargo, hay que especificar, tal como nos dice Adela Cortina, que nuestra sociedad es consumista no porque consuma mucho sino porque hace del consumo «la dinámica central de la vida social y muy especialmente el consumo de mercancías no necesarias para la supervivencia»[55].

Si además tenemos en cuenta, que esta sociedad del consumo surge en medio y a costa de la injusticia de este mundo, en el cual unos pocos consumen lo que otros no pueden hacerlo a lo largo de su vida, vemos claramente que el derroche consumista se asienta sobre la pobreza y el sufrimiento de otros, y el supuesto derecho a consumir deja de serlo porque se convierte en un

51 Francisco, *Fratelii Tutti*, 66.

52 Francisco, *Fratelii Tutti*, 81.

53 Francisco, *Fratelii Tutti*, 115.

54 Francisco, *Evangelii gaudium*, 270.

55 Adela Cortina, *Por una ética del consumo* (Madrid: Taurus, 2003) 65.

privilegio a costa del prójimo al que se expolia del mínimo de calidad de vida y dignidad vital[56].

Por eso, desde el punto de vista bíblico, el consumo se mueve en el terreno de la idolatría, en el que una sociedad suplanta al Dios de Jesucristo por otro dios: el consumo, bien primordial que promete la felicidad-salvación y acapara en exclusiva y para sí el corazón de las personas[57].

El consumismo actual que padece nuestra sociedad representa un claro obstáculo para que podamos ocuparnos y dedicar nuestras energías a aquellos que están mal y en dificultades[58]. Ante esta situación, tal como nos dice S. Mora, es necesaria una conversión del corazón que nace del encuentro con Jesús el Cristo, que debe transformar nuestra forma de desear, produciéndose una reordenación de nuestras apetencias[59]. En el sentido de un vivir la austeridad, no gastando lo que otros necesitan, trabajando honestamente para vivir con sencillez y sobriedad en el presente, eliminando la ansiedad del consumir[60].

La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la vida, ante el consumo salvaje de nuestro tiempo, basado en la sobriedad y en la capacidad de disfrutar con poco, ya que cree que la acumulación de posibilidades de consumir impide que se valore cada cosa y cada momento. Es un retorno a la simplicidad que nos permite valorar y agradecer las posibilidades que nos ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos[61].

Debemos especificar aquí, que entendemos la austeridad, no como menosprecio de las cosas materiales, ni la renuncia al uso, posesión o disfrute de las mismas, sino a una forma determinada de tenerlas y usarlas, que favorezca

---

56 Salvador Mora, "Austeridad, calidad de vida y consumo. La «vida en plenitud» según el Evangelio", *Corintios XIII*, nº.109 (2004): 141-2.

57 Mora, "Austeridad, calidad de vida y consumo", 137; 144.

58 Francisco, *Gaudete et exultate*, 108.

59 Mora, "Austeridad, calidad de vida y consumo", 138; 151.

60 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 66.

61 Francisco, *Laudato si´:Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común* (Roma: Editrice Vaticana, 2015) nº.222.

el desarrollo integral y equilibrado de la persona que las necesita. Es una moderación, un mecanismo corrector de la tendencia que en el hombre existe a tener más de lo que necesita[62].

Llegados a este punto, se nos plantea la pregunta: ¿qué nivel de vida, qué bienes materiales puede permitirse un cristiano ante tanta pobreza?

Si entendemos por bienes necesarios para la vida, aquellos sin los que sería imposible subsistir y sobre los que tenemos un derecho absoluto y no debemos privarnos de ellos. Bienes necesarios para la condición, los que cubren aquellas necesidades: cultura, ocio, etc., que permiten que la vida sea verdaderamente humana y plena, por lo que son también legítimos, pero sobre ellos ya no tenemos un derecho absoluto y están en dependencia del grado de necesidades que existen en el país en que se vive, por lo que se debe estar dispuesto a moderar su posesión con el espíritu cristiano de la austeridad. Bienes superfluos, son los que no entran en las dos categorías antes expuestas. Pues bien, siguiendo a González-Carvajal[63], que hace un lúcido análisis de esta cuestión, podemos responder a la pregunta que nos planteábamos anteriormente: el cristiano debe aspirar a tener todos los bienes necesarios, algunos de los bienes necesarios para la condición y, ningún bien superfluo.

Por otra parte, si acudimos al Evangelio, en el milagro de los panes y los peces, el gesto de recoger la comida que sobra, es una llamada de Jesús a no derrochar ni malgastar

La austeridad evangélica se muestra, así mismo, como exigencia del amor fraterno. Toda persona que ama a los demás como hermanos se siente obligada a practicar la austeridad. Pero la vida cristiana debe ir más allá de esta austeridad, aunque debe partir de ella; es preciso dar un paso más y compartir la pobreza con Cristo desde la solidaridad con los últimos. Estamos llamados a la dicha de compartir y no a la acritud de la austeridad[64]. La práctica del amor fraterno postulado por el Evangelio, se sitúa preferentemente en aquellos lugares más deprimidos, más desfavorecidos. La fraternidad cristiana

---

62 Jesús Domínguez Gómez, "La austeridad, condición del amor cristiano en el próximo futuro", *Corintios XIII,* nº.117-118 (2006): 207.

63 Luis González-Carvajal, *El clamor de los excluidos: Reflexiones cristianas ineludibles sobre los ricos y pobres* (Santander: Sal Terrae, 2009) 110-2.

64 Mora, "Austeridad, calidad de vida y consumo", 138; 154.

implica proximidad disponible, que ponga a la persona en condiciones de apostar cuanto tenga y pueda remediar las necesidades del prójimo; y eso no es posible, sin una dosis alta de austeridad, sobriedad y sencillez de vida. La posesión de bienes sin austeridad, es un muro que separa, una atadura a la total disponibilidad de sí mismo[65].

Servir al que sufre con realismo y utopía, abiertos a la esperanza

Utopía significa no rendirse ante las diversas situaciones, admitiendo cómo son y lanzarse a luchar para conseguir que sean como deberían ser. Sin utopía no hay progreso social ni futuro. Una definición feliz sobre este concepto la expuso X. Zubiri: "La utopía no es lo imposible sino lo posible no realizable aún"[66].

La lucha cristiana contra el sufrimiento y las situaciones de penuria debe compaginar realismo con utopía. El Nuevo Testamento nos pide que hagamos presente aquí y ahora, el Reinado de Dios, pero nos advierte también que, mientras peregrinamos en este mundo, la salvación nunca podrá ser plena; por eso, los cristianos podemos y debemos ser a la vez realistas y utópicos, no sólo sin contradicción, sino viviendo la mutua implicación entre ambos aspectos ya que en la Iglesia de la historia se vive entre el "ya si" de la llegada del Reino de Dios, y el "todavía no" de su instauración plena[67].

Sin embargo, nos podemos preguntar: ¿el cristiano debe ser utópico o esperanzado?, ¿utopía y esperanza son aspectos distintos?, ¿se oponen o complementan?

Si entendemos por utopía aquellos ideales de dicha y felicidad que asientan en el corazón de los seres humanos; y si, cuando nos referimos a la esperanza cristiana, estamos aludiendo a la actitud creyente que hace al hombre vivir confiado en la obtención de los bienes definitivos ultraterrenos que Dios tiene preparados para los que aman, parece que utopía y esperanza si no se oponen sí se refieren a aspectos distintos: la primera, a la planificación efectuada

65 Domínguez Gómez, "La austeridad, condición del amor cristiano", 209-10.

66 Xavier Zubiri, *Naturaleza, historia y Dios* (Madrid: Alianza Editorial, 1978) 72.

67 González-Carvajal, *El clamor de los excluidos*, 82.

por el ser humano con vistas al mejoramiento del mundo, y la segunda, a la expectación de una plenitud sin concurso humano y proveniente de Dios[68].

Sin embargo, se descubre que hay una relación mutua entre utopía secular y esperanza religiosa. Aunque la esperanza como virtud teologal nos une y orienta a Dios, ésta se vive en las condiciones de este mundo y suscita mediaciones que hacen posible tal vivencia. Así, si consideramos a la utopía como crítica de toda situación injusta y proyecto transformador del presente –según los valores del Reino– que se abre al futuro, ésta, se convertirá en la mediación antropológica de la esperanza. Vemos todavía más claro el vínculo entre ambas si ponemos de manifiesto la función de la utopía cuando recuerda a la esperanza la necesidad de maniobrar en el más acá, la fuerza del más allá, de Dios, impulsándola a que se comprometa en la liberación del hombre que peregrina en la tierra; y la esperanza se torna fundamental con respecto a la utopía, cuando le recuerda la necesidad de ir siempre más allá de toda meta lograda y la fortalece y hace que se mantenga en sus intentos o logros en medio de las condiciones de un mundo que muchas veces es frustrante[69].

No solo no hay contradicción, pues, entre ambos conceptos, sino mutua implicación. Es más, desde la reflexión teológica, entendemos que la esperanza cristiana incorpora plenamente la utopía a su ser, ya que es el mismo Espíritu el que alienta el deseo presente de un mundo mejor y el futuro de la plenificación de todo en el Dios de Jesucristo[70].

Aunque para el cristiano, es claro que la esperanza es metahistórica y se basa esta experiencia en sabernos amados y esperados por Dios[71] y en que Cristo ha ido por delante de nosotros preparándonos una estancia en la casa del Padre[72], también es manifiesto para el creyente, que la esperanza

---

68 Martín Gelabert, "El Espíritu aliento para una esperanza utópica", *Corintios XIII*, nº.85 (1998): 51.

69 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 53.

70 Juan Pablo II, *Tertio millenio adveniente: Carta Apostólica como preparación del Jubileo del año 2000* (Roma: Editrice Vaticana, 1994) nº.46; Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral « Gaudium et Spes» sobre la iglesia y el mundo actual* (Roma: Editrice Vaticana, 1965) nº.38-9.

71 Benedicto XVI, *Spe Salvi:Carta encíclica* (Roma: Editrice Vaticana, 2007) nº.3.

72 Jn 14, 1-4.

es histórica[73] ya que en el presente vivimos ya anticipadamente lo que esperamos[74], y lo que esperamos nos hace trabajar en el presente para hacer que este se vaya pareciendo a lo que esperamos.

La esperanza no es evasión, se asienta en la correlación del futuro con la realidad presente. La esperanza y el presente histórico se fecundan mutuamente. Aquella ofrece al presente un horizonte de futuro que le lleva a superar su tendencia a instalarse en lo fáctico, y el presente libra a la esperanza del peligro de deshistorizarse. La esperanza atrae al futuro dentro del presente, de modo que este "ya" no es el puro "todavía no", sino que es un presente marcado por la realidad futura. Y así, las realidades futuras repercuten en las presentes y viceversa[75].

Por eso, la esperanza tiene capacidad transformadora, propone alternativas, se compromete en la construcción del futuro y es, consecuentemente, activa y no pasiva. Hace que los creyentes se pongan "manos a la obra" con la confianza puesta en Dios, tratando de instaurar la vida nueva del amor de Dios –que se ha manifestado por medio de Cristo– gracias a la fuerza del Espíritu Santo que infunde en ellos.

La esperanza aparece o se hace presente cuando colaboramos con nuestro esfuerzo para que el mundo sea más humano y mejor[76]. Un actuar que es, por tanto y sobre todo, compasión ante el sufrimiento ajeno[77], y cuyo lugar privilegiado en el que debe aflorar, es el mundo de la penuria y desesperación, donde la intervención eclesial se torna en innumerables ocasiones impotente ante las diversas situaciones y el fracaso aparece muchas veces. Pues bien, es en este ámbito en el que se prueba la autenticidad de nuestra esperanza, ya que aquí o bien se purifica o fenece[78].

---

73 Ángel Iriarte," Aspecto social de la esperanza cristiana*", Corintios XIII,* nº.125 (2008): 21.

74 Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 9.

75 Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 7.

76 Benedicto XVI, *Spe Salvi* ,35; Laurentino Novoa, "La razón de nuestra esperanza", *Revista Aragonesa de Teología*, nº.7 (1998): 19.

77 Juan Carlos Bermejo, "Esperanza y compasión ante el dolor humano"*, Corintios XIII*, nº.125 (2008): 134.

78 Iriarte, "Aspecto social de la esperanza cristiana", 30-1.

Pero, pese a las dificultades y fracasos, en la acción diaconal, debemos trabajar los cristianos con esperanza, porque sabemos que trabajamos con Dios, por Dios y para el Reino de Dios, y sobre todo, porque tenemos la confianza de que Dios mismo dará el último y definitivo remate, a la obra que ha dejado en nuestras manos, al final de los tiempos[79]. "Dios es la única fuerza, en el fondo, de la esperanza en medio del sufrimiento"[80].

Una Iglesia que quiera ser fiel a lo que Jesús quería y hacer presente su mismo estilo de vida, debería estar formada por hombres y mujeres henchidos de esperanza. Una esperanza que es capaz de esperar en Dios, incluso cuando hay razones para pensar humanamente que no hay esperanza. Los cristianos tenemos motivos especiales para la esperanza, sabiendo que desde la Encarnación del Verbo, Dios comparte nuestra vida y ha convertido nuestra historia en historia de salvación; pero sobre todo, esta esperanza se basará en la resurrección de Jesús, porque desde este acontecimiento, el cristiano sabe que a Jesús Dios le dio la razón, y que el que vive una vida como la de Aquel, tiene una Vida en la que no puede morir jamás.

En tanto llega ese momento para todos, la voz y la acción de todos los cristianos, debe ser utópica y esperanzada, modelo de futuro y proyecto de un mundo mejor, programa de trabajo y camino hacia una sociedad más solidaria y más humana[81].

Peregrinos hacia la consumación de la historia humana

La peregrinación es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida misma es una peregrinación y el ser humano un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada[82].

En este peregrinar, el cristiano trata de instaurar aquí y ahora, una sociedad cada vez más en sintonía con la voluntad de Dios. Mientras nos dirigimos hacia el Reinado de Dios pleno, no estamos solos, el Dios del Reino ya ha

79 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 148, 151.

80 Bermejo, "Esperanza", 155.

81 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 54.

82 Francisco, *Misericordiae vultus*, 14.

ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

venido a nosotros en nuestro corazón: "¡Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él!"[83].

Para este caminar se necesita un encuadre sociológico, cultural y moral que alumbre una persona nueva. La gran dificultad para que emerja esta nueva manera de ser está en nuestro actual modo de vida y organización social occidental. Se necesita rechazar el dios dinero[84] y superar la insensibilidad social hacia los otros, especialmente los más necesitados[85].

El creyente, ante esta situación, ha de prepararse para una difícil travesía, en la que, en la medida que se capaz y con la ayuda de Dios, conduzca a la sociedad hasta una nueva situación de verdadera solidaridad.

Una sociedad en la que el cristiano intervenga, en la medida de sus posibilidades, para que se restablezcan sistemas sociales y económicos justos que ayuden a la erradicación de la exclusión y la pobreza[86] y que eliminen las causas estructurales de las disfunciones de la economía y de los modelos de crecimiento incapaces de garantizar el respeto al medio ambiente[87].

Para ello es necesario que, frente a la idolatría del dinero y de la actual lógica mercantil[88], se fomente una actitud de austeridad y se recupere la dimensión ética de la economía[89]; que, frente al culto a la mentalidad científico-técnica[90], se anteponga la dignidad de la persona[91]; que, ante el individualismo insolidario, se fomente la persona racional solidaria[92]; que, en contra del desamor triunfe la misericordia; y que el fatalismo de paso a la esperanza.

---

83 Jn 14,23.

84 Francisco, *Evangelii gaudium*, 55.

85 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres: Instrucción pastoral* (Ávila: Edice, 2015) nº.52.

86 Francisco, *Gaudete et exultate*, 99.

87 Francisco, *Laudato si´*, 5-6.

88 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 21.

89 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 22.

90 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 17.

91 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 23.

92 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 27.

Esta manera de actuar en el camino, apunta hacia una nueva conciencia de la verdadera imagen que deben tener y mostrar el hombre y la sociedad. Un hombre y una sociedad en que la dignidad humana[93] esté por encima de cualquier otra consideración, en el que la fraternidad humana se viva en vez del individualismo[94], y que los bienes sean compartidos y no acumulados[95]. Construir este nuevo modelo humano y social, será el resultado de una nueva forma de vivir: esta nueva manera de estar en la vida, de resituarnos existencialmente es lo que en el lenguaje religioso se denomina "conversión", un verdadero cambio de orientación en la propia vida.

Pero, nos surgen las preguntas: ¿a dónde debe conducirnos esta conversión? ¿qué debemos hacer en nuestra existencia para alumbrar la llegada del Reino?

El amor y la misericordia de Jesús de Nazaret con el género humano y, sobre todo, con sus contemporáneos, lo llevó a comenzar su misión invitando a la conversión[96].También sus seguidores tenemos que ponernos en actitud de conversión tal como nos propone el papa Francisco: "Todo podría estar colgado de alfileres, si perdemos la capacidad de advertir la necesidad de un cambio en los corazones humanos, en los hábitos y en los estilos de vida"[97]. "Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una pastoral de conversión"[98].

La conversión, si es auténtica, trae consigo una esmerada solicitud por los más débiles, desde el encuentro con Cristo. Según nos unamos a Él, nuestra caridad será más activa y eficaz. La conversión a Cristo va unida indefectiblemente del servicio a los que necesitan nuestro auxilio[99].

---

93 Francisco, *Gaudete et exultate*, 98.

94 Francisco, *Fratelii Tutti*, 87-88, 105.

95 Francisco, *Laudato si´*, 93.

96 "Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios, convertios y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

97 Francisco, *Fratelii Tutti*, 166.

98 Francisco, *Evangelii gaudium*, 25.

99 Conferencia Episcopal Española, *Iglesia, servidora de los pobres*, 34,

DOI: 10.59853/RAT60-2024-0202
ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

En lo referente a hacer realidad el Reino de Dios se trata, fundamentalmente, de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida que Él logre reinar entre nosotros, la sociedad lo será de fraternidad, paz, amor y justicia[100].

No podemos convertirnos a Cristo sin tratar de hacer patente el reino que Él instauró. Nuestra misión es inseparable de la construcción de ese reino: "Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia"[101]. Nuestra identificación con Cristo y sus deseos implica el esfuerzo por construir ese reino de justicia paz y amor[102].

Aquellos que estamos involucrados en construir el Reino de Dios, debemos ser operarios metódicos que trabajemos a conciencia, que no escatimemos esfuerzos, y perseveremos en el empeño; es decir, que lo edifiquemos con laboriosidad, responsabilidad y, fidelidad[103] ; teniendo en cuenta los ritmos vitales de las personas y de los pueblos, así como el tiempo de la gracia de Dios[104] .

Al atardecer de la vida nos examinarán en el amor

El amor promete infinidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana; el amor tiende a la eternidad[105].

En el pasaje evangélico de la alegoría profética del Juicio Final, Cristo se identifica con sus "hermanos más pequeños"[106], por eso, Jesucristo reconocerá a sus elegidos en lo que hayan hecho con los que sufren; y así, éstos quedan confiados a nosotros y en base a esta responsabilidad seremos juzgados al final[107]: a la luz de lo que hayamos hecho con los que tienen hambre,

---

100 Francisco, *Evangelii gaudium*, 180.

101 Mt 6,33.

102 Francisco, *Gaudete et exultate*, 25.

103 Juan Pablo II, *Centesimus annus: Carta encíclica en el centenario de la "Rerum novarum"* (Roma: Editrice Vaticana, 1991) nº.32.

104 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 149.

105 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 5-6.

106 Mt 25,40.45.

107 Mt 25, 31-46. ; Francisco, *Misericordiae vultus*, 15.

con los que están desnudos y sin techo, con los enfermos y encarcelados, se juzgará nuestra vida.

Las palabras de condena de Cristo en el Evangelio las dirige al desamor hacia los necesitados de ayuda, el "Señor nos advierte que estaremos separados de Él si omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y de los pequeños que son sus hermanos"[108]. Ignorando al desvalido es al mismo Cristo al que desatendemos y abandonamos[109].

Queda pues claro, que la pauta para la Iglesia y los cristianos de aproximarse y acercarse al necesitado para practicar con él la misericordia, es el criterio decisivo en el examen del Juicio Final que hemos de pasar al término de nuestra vida temporal para vivir eternamente con Dios en Cristo[110]. El amor es el criterio para la decisión escatológica definitiva de una vida humana[111].

Por todo ello, este servicio eclesial sólo puede serlo si es experiencia de Dios: el enfermo, el anciano, el marginado y el indigente, son prolongación y concreción del encuentro con Dios en cuanto objeto de amor.

La diaconía de la caridad es un modo privilegiado de concretar el amor al Señor mediante la atención al pobre y enfermo; por eso, este es lugar de encuentro teológico con el Dios de Jesucristo, porque reconocemos al mismo Cristo en cada hermano que sufre[112]: "El texto de mateo 25,35-36 no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo"[113]. Es una llamada a reconocerlo y encontrarlo en los pobres y los que viven en condiciones de penuria[114].

---

108 Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia Católica* (Roma: Editrice Vaticana, 1992) nº. 1033.

109 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 9.

110 Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los pobres*, 16.

111 Francisco, *Fratelii Tutti*, 92.

112 Francisco, *Evangelii gaudium*, 188; Francisco, *Fratelii Tutti*, 85.

113 Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte: Carta Apostólica al concluir el gran Jubileo del año 2000* (El Vaticano: Editrice Vaticana, 2001) nº.49.

114 Francisco, *Evangelii gaudium*, 96.

ISSN: 1135-0457
Año XXX - Nº 60 - 2024 / julio - diciembre

Pero este servicio de la caridad hace también que el creyente se identifique con Cristo en la ayuda al necesitado de tal manera que, siendo signo de su presencia[115], lo actualice en nuestros días. Para ello, es necesario:

a) Revestirse de los mismos sentimientos de Jesús, al que se le conmueven las entrañas ante el dolor y el sufrimiento ajeno.

b) Reproducir los gestos del Nazareno para con los sufrientes, que pasan a ser normativos para el cristiano.

c) Alimentar, mediante la oración, el amor que surge del encuentro personal e intransferible con Dios y con el prójimo.

Para terminar, debemos tener presente, que si tal como hemos venido diciendo hasta ahora, el definitivo encuentro con Cristo es donde se juega nuestro destino eterno y está condicionado por nuestra actitud de amor hacia los débiles y necesitados, debemos pasar inexcusablemente de lo intelectual y conceptual a lo práxico, de lo intencional a lo real, de la compasión al amor que se derrama sobre los hermanos más doloridos; de tal manera que, teniendo en cuenta la necesaria adaptación o encarnación del mensaje cristiano a las condiciones sociales de nuestro tiempo y lugar, el Señor nos reclame en el día de mañana, en el Juicio y nos diga: venid benditos de mi Padre, porque estaba parado y me distéis trabajo; era inmigrante y me acogisteis; estaba enganchado a la droga, el alcohol o al juego, y me tendisteis una mano para que pudiera deshabituarme; estaba muy anciano, enfermo y solitario, y vinisteis a limpiarme, darme la comida y a hacerme compañía; era un niño de la calle, sin familia y sin techo donde cobijarme y, me buscasteis un hogar donde poder crecer con afecto y dignidad; era un campesino del Tercer Mundo que, al desplazarse por la guerra, se quedó sin tierra ni trabajo, y luchasteis para darme cobijo y defendisteis mis derechos; estaba enfermo y me cuidasteis; cumplía condena en el Centro Penitenciario y me visitasteis. Todo lo que habéis hecho con estos que sufren y pasan penurias, conmigo lo hicisteis.

[115] Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2443.

Bibliografía

Concilio Vaticano II. *Constitución pastoral «Gaudium et spes» sobre la Iglesia y el mundo actual*. Roma: Editrice Vaticana, 1965.

Benedicto XVI. *Deus caritas est: Carta encíclica sobre el amos cristiano*. Roma: Editrice Vaticana, 2005.

Benedicto XVI. *Spe Salvi: Carta encíclica*. Roma: Editrice Vaticana, 2007.

Benedicto XVI, *Caritas in veritate: Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad*. Roma: Editrice Vaticana, 2009.

Bermejo, Juan Carlos. "Esperanza y compasión ante el dolor humano". Corintios XIII, nº.125 (2008) 133-65.

Casaldaliga, Pedro y José María Vigil. *Espiritualidad de la Liberación*. Santander: Sal Terrae, 1993.

Comisión Episcopal de Pastoral Social. *La Iglesia y los pobres*. Madrid: Edice, 1994.

Conferencia Episcopal Española. *Iglesia servidora de los pobres: Instrucción Pastoral*. Ávila: Edice, 2015.

Cortina, Adela. *Por una ética del consumo*. Madrid: Taurus, 2003.

Domínguez Gómez, Jesús. "La austeridad, condición del amor cristiano en el próximo futuro". *Corintios XIII*, nº. 117-118 (2006): 205-23.

Flores Raúl, Mónica Gómez y Víctor Renes. *La transmisión intergeneracional de la pobreza: factores, procesos y propuestas para la intervención*. Madrid: Caritas Españolas Editores, 2016.

Francisco. *Evangelii gaudium: Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual,* Roma: Editrice Vaticana, 2013.

Francisco. *Laudato si: Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común*. Roma: Editrice Vaticana, 2015.

Francisco. *Misericordiae vultus: Bula convocatoria del Jubileo extraordinario de la misericordia*. Roma: Editrice Vaticana, 2015.

Francisco. *Gaudete et exultate: Exhortación Apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*. Roma: Editrice Vaticana, 2018.

Francisco. *Fratelli tutti: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social*. Roma: Editrice Vaticana, 2020.

Francisco. *Spes non confundit: Bula del Jubileo ordinario del año 2025*. Roma: Editrice Vaticana, 2024.

García Hernández, Josetxo. "La kénosis, proceso de aprendizaje inexcusable para el ejercicio de la caridad". *Corintios XIII*, nº. 81 (1997): 79-107.

Gelabert, Martín. "El Espíritu aliento para una esperanza utópica". *Corintios XIII*, nº. 85 (1998): 51-73.

González-Carvajal, Luis. *El clamor de los excluidos: Reflexiones cristianas sobre los ricos y pobres*. Santander: Sal Terrae, 2009.

Iniesta, Alberto. "Meditación trinitaria ante el Jubileo del año 2000". *Corintios XIII*, nº.81 (1997): 79-107.

Jaramillo, Pedro. "El año de Jesucristo, desde el testimonio y pastoral de la caridad". *Corintios XIII,* nº.81 (1997): 79-107.

Juan Pablo II. *Centesimus annus: Carta encíclica en el centenario de la «Rerum novarum»*. Roma: Editrice Vaticana, 1991.

Juan Pablo II. *Catecismo de la Iglesia Católica*. Roma: Editrice Vaticana, 1992.

Juan Pablo II. *Tertio millenio adveniente: Carta Apostólica como preparación del Jubileo del año 2000*. Roma: Editrice Vaticana, 1994.

Juan Pablo II. *Novo Millennio Ineunte: Carta Apostólica al concluir el gran Jubileo del año 2000*. El Vaticano: Editrice Vaticana, 2001.

Martín, María del Carmen. "Los márgenes como lugar de salvación". *Corintios XIII*, nº. 135 (2010): 203-16.

Mora, Salvador. "Austeridad, calidad de vida y consumo. La «vida en plenitud» según el Evangelio". *Corintios XIII,* nº. 109 (2004): 137-57.

Novoa, Laurentino. "La razón de nuestra esperanza". *Revista Aragonesa de Teología*, nº. 7 (1998) 7-19.

Pontificio Consejo "Justicia y Paz". *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Roma: Editrice Vaticana, 2009.

Urríbarri, Gabino. *El mensajero: Perfiles del evangelizador*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2006.

Zubiri, Xavier. *Naturaleza, historia y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1978.